

## SEMBLANZA DE FEDERICO GARCÍA LORCA

*José Carmona Blanco*

El presente trabajo constituyó el único homenaje que se le tributó a Federico García Lorca en el Uruguay, por Radio Centenario, en el programa matinal que realizaba Gloria Levi, durante la dictadura en el Uruguay. Fue radiado, leído por el autor, en cuatro medias horas durante cuatro días seguidos. (En 1982, mes de julio).

La presente semblanza de Federico García Lorca está tejida con las impresiones y comentarios de quienes lo conocieron. Por nuestra parte (que no lo conocimos, pues solo contábamos diez años de edad cuando él murió), únicamente nos proponemos poner el hilo capaz de enhebrar un mínimo de coherencia, entre tantas palabras y opiniones vertidas a propósito del granadino que nos haga posible llegar a tener una imagen cercana a la realidad de lo que fue García Lorca como hombre, y especialmente como hombre de su tiempo. Queda fuera de las intenciones de esta semblanza un estudio crítico o de cualquier otra clase a propósito de su obra, aunque no renunciamos a recurrir a ella cuando ésta pueda aportar la luz sobre el ser del autor. No cabe olvidar que toda obra de cualquier gran artista, termina por convertirse en su propia vida y ser, al punto de que, al comentar un cuadro con suficiente conocimiento, o al leer un libro, no solo nos es posible admirar la calidad de la obra, sino que también a trasluz de la misma conocemos a quien la compuso, aunque ignoramos su nombre. El espíritu del artista queda animado en su obra para siempre. Así ocurre también con nuestro andaluz, en quien no solo su personalidad quedó entretejida en su obra sino también, como en todos los casos, su geografía. ¿Pero qué significa eso de ser andaluz? ¿Qué cosa es Andalucía? No nos quedamos con la elemental definición de que se trata de la religión meridional de España, donde sus habitantes cantan y bailan flamenco. Andalucía es mucho más que esto. Dejemos que nos lo diga el filósofo José Ortega y Gasset en el artículo que escribió en 1927 y que tituló “Teoría de Andalucía”. “No se olvide que Andalucía es, por ventura, el pueblo más viejo del Mediterráneo.” “Cuando veáis el gesto frívolo, casi femenino, del andaluz, tened en cuenta que repercute casi idéntico en muchos

miles de años por tanto, que esa tenue gracialidad ha sido invulnerable al embate terrible de las centurias y a la convulsión de las catástrofes. Mirando así, el gesticillo del andaluz se convierte en un signo misterioso y tremendo, que pone escalofríos en la médula.” “Esto, que produce a menudo el penoso efecto de hacer amanerado al andaluz, a fuerza de subrayar deliberadamente su propia fisonomía y ser en cierto modo dos veces lo que es, demuestra, por otra parte, que es una de las razas que mejor se conocen y saben a sí mismas. Tal vez no haya otra que posea una conciencia tan clara de su propio carácter y estilo. Merced a ello le es fácil mantenerse invariable dentro de su perfil milenario, fiel a su destino, cultivando su exclusiva cultura.” “Andalucía ...es, de todas las religiones españolas, la que posee una cultura más radicalmente suya.” Se trata, según Ortega, de una “cultura campesina”, no es agricultura, como en Castilla, “agricultura es lo que queda siempre que la verdadera cultura desaparece.” “Esta contraposición dibuja con claridad el sentido positivo y creador que doy al término cuando de la andaluza digo que es una cultura campesina, es decir, agraria. No es lo peculiar de ésta que el hombre cultive el campo, sino que de la agricultura hace principio e inspiración para el cultivo del hombre.” “Este es el caso del andaluz. Su solución es profunda e ingeniosa...En vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia.” “Pero no exageremos la indolencia de los andaluces. A la postre, vienen a hacer todo lo que es necesario, puesto que Andalucía existe.” “Después de todo es la pereza el postor residuo que nos queda del Paraíso, y Andalucía el único pueblo de Occidente que permanece fiel a un ideal paradisíaco de la vida. Hubiera sido imposible tal fidelidad si el paisaje en que está alojado el andaluz no facilitase ese estilo de existencia.” “El andaluz aprovecha en sentido inverso las ventajas de su “medio”. El pueblo andaluz posee una vitalidad mínima, la que buenamente le llega del aire soleado y de la tierra fecunda.” “Paraíso quiere decir vergel, huerto, jardín.” “Vive, pues, este pueblo referido a su tierra, adscrito a ella en forma distinta y más esencial que otro ninguno.” “Todo andaluz tiene la maravillosa idea de que ser andaluz es una suerte loca con que ha sido favorecido.” “Frente al hombre de la tierra prometida, el andaluz es el hombre de la tierra regalada, el hijo de Adán a quien ha sido devuelto el Paraíso.” “Para el andaluz, es vivir en Andalucía el ideal, consciente ideal... el andaluz transplantado no puede seguir siendo andaluz; su peculiaridad se evapora y anula. Porque ser andaluz es convivir con la tierra andaluza, responder a sus gracias cósmicas, ser dócil a sus inspiraciones atmosféricas.”

“Toda la existencia andaluza, especialmente los actos más humildes y cotidianos... poseen ese divino aire de idealidad que le estiliza y recama de gracia.”

Pensamos que esta transcripción de Ortega y Gasset, aunque un poco extensa, es necesaria para la ubicación de García Lorca en su paisaje y en su cultura original, de la cual fue hijo y de la que extrajo sus frutos. Lorca, pese a haber residido en Madrid desde su juventud, no dejó nunca de ser andaluz, como le pasó, por ejemplo, a Antonio Machado, quien se convirtió en un poeta castellano por ausencia de su Sevilla. Lorca, para poder seguir siendo andaluz, no dejó ni un solo año de su vida de pasar el verano en Granada, logrando así que sus permanencias en la capital de España no lo desnaturalizasen. Lograba ser, simplemente, un andaluz en Madrid. E incluso, un andaluz en Nueva York.

A la visión paradisíaca que nos ofrece Ortega de Andalucía, es inevitable corregir o, tal vez, añadir algo. Sabido es que los filósofos se manejan con abstracciones. De ahí que Ortega sea capaz de ver los maravillosos olivares andaluces y creer que son obra divina, olvidándose de los miserables aceituneros que supo ver, agricultor él mismo, Miguel Hernández. O contemplar la impactante campiña andaluza, verdadero vergel, favorecida por el clima sí, capaz de detener a los árabes durante siete siglos, e incluso hacerlos renunciar a sus propósitos de invasión sobre el resto de Europa, incapaces de abandonar tanta belleza; sin ver a uno solo de los miles de braceros andaluces que desde hace siglos, y todavía hoy, viven en la miseria. Realidades de las cuales es imposible prescindir, porque también ellas dieron perfil a la personalidad de Federico García Lorca.

\* \* \*

“Me detuvo en la calle preguntándome:

-¿ Es usted José Mora Guarnido?

Ante mi respuesta, me tendió la mano con una cordial sonrisa.

-Yo soy Federico García Lorca.

Lo dijo sin ninguna timidez, con el énfasis del que ya siente en sí mismo la certeza de un destino resaltante, el tono del que se sabe que es alguien. Y a mí me parece estarlo viendo aún con su pálido rostro moreno, las espesas cejas y los ojos profundos y brillantes, la negra corbata de lazo mal anudada bajo el flojo cuello de piqué, el rostro agudizado hacia el mentón como de un niño de vidriera bizantina y un femenino lunar sobre el labio - sello de herencia materna -, una sonrisa impregnada de simpatía... Le apretaba el cabello negro y lustroso, tolerable

melena de “artista”. Un negro sombrerito de ala tan flexible que se estremecía al viento como un ala de mariposa enorme, y vestía de oscuro, con corrección de estudiante de buena familia.”

He aquí el que nos parece que deberíamos considerar primer retrato físico de García Lorca. El encuentro en una calle de Granada con Mora Guarnido, granadino también, tuvo lugar en 1915. García Lorca era prácticamente un adolescente, pues contaba en aquel entonces dieciséis años de edad.

Pero, ¿quién es este jovencito que aborda a la gente sin timidez, con tono de voz de quien se sabe que es alguien y que tiene aspecto de estudiante de buena familia?

A título de curiosidad cabe señalar que establecer el año de nacimiento de Lorca, constituyó un verdadero problema. En una especie de juego gratuito que lo divertía, Lorca jamás dijo a nadie su edad. Cuando se la preguntaban se limitaba a contestar: “Soy hombre de este siglo”. Su amigo Melchor Fernández Almagro, con quien se conocía desde la niñez, le respondía: “No es verdad. Naciste a fines del siglo pasado. “Ante lo cual Lorca entre risas y chistes lo negaba. La desconocida edad de Lorca incluso llegó a generar, después de su muerte, una polémica entre Ángel del Río y Guillermo de Torre. La duda era 1898 o 1899. Hasta que finalmente Mora Guarnido logró obtener copia del acta de nacimiento, aclarándose todas las dudas.

Federico García Lorca nació el 5 de junio de 1899, en Fuente Vaqueros, pueblo perteneciente a la vega de Granada. Su padre fue Federico García, hombre de campo de situación económica holgada. Su madre, Vicenta Lorca, maestra. Mucho después, ya en la cumbre de la fama, Federico dirá: “De mi padre, hombre de campo y andaluz neto he heredado la pasión. De mi madre, también andaluza y maestra de escuela, la inteligencia.” Además de Federico, el matrimonio García Lorca tiene otros tres hijos: Francisco, Concha e Isabel, menores que el poeta. A don Federico García, Mora Guarnido lo compara con Peribáñez, por su “cabal sentido de su fuerza y su derecho.” Añade que: “En la madurez de su vida, rodeado de un frondoso almácigo de hermanos, sobrinos y parientes menos próximos, parecía una especie de patriarca o cacique rural, con la cadena de oro del reloj cruzándole en curva horizontal el opulento vientre y entre los dientes un cigarro habano, como los distintivos de su jerarquía.” De doña Vicenta Lorca ofrece la siguiente imagen: “Era la gracia de la matrona andaluza, callada y discreta, bajita de cuerpo, amable y cariñosa. Ella fue la que supo poner en la casa la discreción y la delicadeza de lo superfluo, el adorno, los paños ribeteados de puntilla sobre los muebles... los cuadros con grabados antiguos,

la estantería con libros y, antes de que, si el hijo mayor lo exigiera por irresistible vocación, el piano". Y resume Mora Guarnido: "Una casa de pueblo bien acomodada, de gentes que saben vivir sin privaciones ni necios alardes de opulencia, donde se hacía una existencia sencilla y tranquila." Tales fueron el medio y la gente que acompañaron a Federico, no solo en su niñez y adolescencia, sino además a lo largo de toda su vida.

Cuenta muy pocos años Federico cuando la familia se traslada de Fuente Vaqueros a Asquerosa (que muchos llaman Valderrubio para eludir tan poco estético nombre). Explica el granadino Mora Guarnido que se supone que el nombre que se quiso dar al pueblito fue el de Acuerosa o Aguarosa, es decir, abundante en agua, porque allí se juntan al Genil dos de sus afluentes; pero la degeneración que la fonética popular andaluza impone a muchos vocablos transformó a cualquiera de aquellos dos delicados nombres en Asquerosa, y la nomenclatura aceptó la voz del pueblo.

Asquerosa o Valderrubio, según se quiera decir, se halla situado a unos cinco kilómetros de Fuente Vaqueros. El traslado de la familia García Lorca se atribuye a una mayor cercanía a las tierras de don Federico. Es un pueblito de una sola calle, "rodeado de verdes arboledas y junto a un amable recodo del Genil, de aguas humildes, que se puede cruzar sin mojarse el calzado saltando de piedra en piedra". "El pueblo, sin embargo, reunía características de una extraordinaria y singular distinción. Sus pobladores en la mayor parte eran instruidos y sensibles. Campesinos que al llegar a su casa tras la tarea del día se sentaban a leer o a tocar el piano; gentes que compraban aquellos libros de a peseta. Mutiladas ediciones de Nietzsche, Tolstoy, Kropotkine, circulaban entre los vecinos y eran leídas apasionadamente en las veladas. Con la lectura compartía sus preferencias la música... No he visto nunca en España un pueblo de tan curiosa y fina preparación autodidacta -escribe Mora Guarnido-, reveladora de una aspiración, de una ansiedad de espiritual perfeccionamiento. La mayor parte ... de un rebelde sentimiento de independencia personal, y junto a ello, por tradición andaluza, de un estoicismo sereno y resignado". "En este pueblito de la vega granadina fue donde García Lorca pasó su niñez y su adolescencia, que hay acuerdo en considerar felices. Hay un fondo de esa época, mencionado por el propio poeta, de carros y canciones infantiles. Canciones que muchos años después, transformadas pero sin disminuirles el ingenuo encanto, incorporará a sus obras.

García Lorca aprendió las primeras letras con su madre y tuvo como primer maestro, quien después fue su amigo, a don Antonio Rodríguez

Espinosa. Llegado el momento en que Federico debe iniciar el bachillerato en Granada, la familia enfrenta un problema que tal vez solo a una familia andaluza se le presente. Sin embargo, no vacilan. En lugar de enviar a Federico a un internado, toda la familia se traslada a Granada. La mentalidad de la familia andaluza es de carácter tribal. Ello ocurre en 1909. Y así, prosiguiendo su vida familiar de siempre, García Lorca hace sus estudios como alumno del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

Todos suponemos que cualquier cosa que sea andaluza, por eso mismo tiene que ser alegre. Sin embargo, Granada es una ciudad triste. Se diría que el llanto del rey moro Boabdil cuando la abandonó vencido, recorre todavía sus callejuelas. Granada a su vez parece llorar su pasado de reino árabe, antes de que los católicos la convirtieran en provincia. No existe en toda Andalucía un cante más triste que el granadino. Domingo Manfredi en su *Geografía del cante jondo* expresa: “No hay cante más parecido a las canciones musulmanas... que la granadina o la media granadina... e incluso el texto de sus coplas se parece a las tristes historias de los cantares moros.” Y Mora Guarnido, que nació allí, escribe: “No hay otra ciudad de tan viva y pura incitación a la meditación y a la melancolía como Granada.” “Con la expulsión del pueblo árabe se le había quitado a la ciudad su alma, y no la ha recuperado. Granada es una ciudad de alma ausente.” En esta ciudad triste vivió Lorca su juventud y prácticamente su vida. Y esa melancolía de su ciudad no solo se transfiere a muchos aspectos de su obra, sino también a perfiles más o menos ocultos de su persona.

De la casa familiar de los García Lorca en Granada, tenemos la precisa descripción de Mora Guarnido: “Entramos sin encontrar a nadie en la casa grande y confortable, dejamos a un lado el patio con maletones de laurel y palmeras, subimos la ancha escalera con pasamanos de madera tallada y me introdujo en la sala, amplia habitación donde las conversaciones se escuchaban como abatidas por la sordina de cortinas y portieles, alfombra y muebles sin estilo, pero que armonizaban delicadamente en un conjunto grato... una sala que podía ser muy bien la decoración de “Doña Rosita la soltera”, con cuadros antiguos, retratos familiares, gran lámpara de cristal envuelta en gasa rosada, cornucopia y consola junto a una de las paredes, un piano en el espacio entre los dos balcones que daban a la calle, a cada lado del piano un butacón y un anaquel con partituras y cuadernos de música.”

Lorca no era todavía por aquel entonces, es decir a sus dieciséis o diecisiete años, poeta, sino músico. Había estudiado piano desde niño y su aspiración era llegar a ser un gran músico.

En 1914 inicia sus estudios de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Granada. Si, como hay testimonios, fue un escolar distraído, nada hubo, en su infancia, de niño prodigio; como universitario fue un despreocupado. Aunque se recibió en todas las materias, estudió sin gran dedicación. Tal vez el enorme arte que anidaba dentro de sí le llenaba el ser, impidiéndole interesarse por conocimientos que no le importaban.

Y es precisamente cuando cursaba Filosofía y Letras cuando hizo, con un grupo de condiscípulos y bajo la dirección del catedrático de Teoría del Arte, don Martín D. Berrueta, un viaje de estudios por Castilla y otras zonas. En Baeza conoce a Antonio Machado. Este viaje parece haber sido de alguna manera para Lorca como el mojón que señala una bifurcación de caminos, y que cambia el rumbo artístico de Federico. Lorca comienza a escribir. Rafael Alberti supone que en 1916 escribió sus primeras poesías. Y en 1918 aparece en Granada su primer libro *Impresiones y paisajes*, que dedica a su viejo profesor de música, el catedrático Berrueta, y a los amigos que lo acompañaron en el viaje de estudios. En esa época frecuenta con asiduidad la tertulia literaria y artística del café Alameda, llamada “El Rinconcillo”, porque la rueda se formaba en un rincón junto al mostrador. Se trata de la tertulia de más alto vuelo de Granada; por allí pasan y Lorca tiene oportunidad de conocerlos, escritores como Gómez de la Serna, pianistas como Rubinstein y Ricardo Viñes, y asiste de vez en cuando don Manuel de Falla, con el cual Lorca inicia una amistad que durará toda su vida, e incluso hasta la hora de la muerte. Manuel de Falla estimuló primero su vocación musical, y luego pasó a tener una influencia decisiva en la orientación literaria de García Lorca.

En 1919, aconsejado por don Fernando de los Ríos, profesor de Derecho en la Universidad de Granada, pasa los inviernos en Madrid, instalándose en la Residencia de Estudiantes. Estas temporales permanencias en la capital de España duran hasta 1928. En la Residencia de Estudiantes se hace amigo de Salvador Dalí, Luis Buñel, José Moreno Villa, Emilio Prados, Rafael Alberti. De este modo Lorca entra en contacto con algunos de los más importantes valores de su generación.

Luego, en tertulias literarias, conocerá a Juan Ramón Jiménez, Guillermo de Torre, etc. Pero, ¿qué impresión produce este andaluz granadino que llega a Madrid resuelto ahora a ser un gran poeta, entre aquellos hombres consagrados ya, cada uno de ellos, por sus respectivos artes?

Rafael Alberti escribe: “Fue el pintor Gregorio Prieto quien me lo presentó en la Residencia de Estudiantes. Él llegaba a Madrid... de los

montes subidos de su Sierra Nevada, de las torres, el agua y los jardines de una Andalucía oculta, secreta, misteriosa, tierra adentro, profunda. Moreno oliváceo, ancha la frente, en la que le latía un mechón de pelo empavonado; brillantes los ojos y una abierta sonrisa transformable de pronto en carcajada; aire de gitano, sino más bien de campesino, de ese hombre, fino y bronco a la vez, que dan las tierras andaluzas.”

Es en esa época cuando comienza su fama de poeta. Era por aquel entonces un poeta oral, de recitaciones ante pequeños grupos. Resulta evidente que poseía unas condiciones de juglar extraordinarias que le permitían comunicarse con su auditorio de una manera alucinante. En esa época prefería el medio oral al impreso o a cualquier otro. Dejaba en carpeta sus poemas durante meses o incluso años, madurándose y perfeccionándose. No tenía interés en publicar. Solo con engaños lograban sus amigos arrancarle alguna página para sus revistas. Y es sin duda notable que este poeta sin imprimir, sin haber usado ningún otro medio de difusión que no fuese su voz frente a pequeños grupos de amigos, estuviese ya considerado por los entendidos como el primer poeta de España.

Lo confirma Alberti: “Había magia, duende, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era en verdad, fascinante: cantando, solo o en el piano, recitando, haciendo bromas e incluso diciendo tonterías. Ya estaba lleno de prestigio, repitiéndose sus poemas, sus dichos sus miles de anecdotillas -ciertas unas; otras inventadas- por las tertulias de literatos cafeteros y corrillos estudiantiles. Sus obras fundamentales de aquellos años aún permanecían inéditas.”

Y Dámaso Alonso explica: “No dotes insignificantes e inconexas de juglar, sino formidable poder de capacitación de todas las formas vitales. Oídle hablar de la ‘locura agua’ del Generalife, o de la ‘luz barrida’ del atardecer granadino. Sus imágenes ponen en el umbral de nuestra fantasía los paisajes, los hombres, el ambiente.”

Salvador Dalí, por su parte, escribe en su autobiografía (*La vida secreta de Salvador Dalí*) que cuando conoció a Lorca: “El fenómeno poético en su integridad y en crudo, se presentó por sí mismo ante mí, súbitamente, en carne y hueso, confuso, rojo de sangre, viscoso y sublime, tremulante con mil fuegos de oscuridad y de biología subterránea, como toda materia dotada con la originalidad de su propia forma.”

A Pablo Neruda, en aquella época en Madrid, conocer a García Lorca lo impacta y conmueve hasta la dicha: “Era un relámpago físico, una energía en continua rapidez, una alegría, un resplandor, una ternura

completamente sobrehumana. Su persona era mágica y morena, y traía la felicidad.”

Para Moreno Villa, Lorca es: “un inmenso caracoleo, un manojo de cintas de colores, pero también una honda guitarra y un chato de manzanilla.”

Como puede verse, el impacto que la personalidad de García Lorca produce en quienes lo conocen es coincidente. Las palabras alegría, sublime, originalidad, resplandor, magia, se repiten a través de las opiniones. Tal vez todas ellas puedan ser resumidas en una sola: “duende”; ese vocablo andaluz tan indefinible como la poesía. Tener “duende” es tener muchas cosas de carácter personal. Pero quizás nos acerquemos a su significado si decimos que aquel, o aquella, que posee “duende” enamora a todos los demás sin proponérselo. Por los testimonios que hemos mencionado se hace evidente que Federico García Lorca poseía ese “duende” andaluz hasta su grado máximo.

Mas es sabido que el enamorado carece de objetividad. Solo ve en su ser amado lo que quiere ver. Su mirada es inclusive capaz de convertir lo negro en blanco, sin ni siquiera darse cuenta de que lo que está haciendo. Es necesaria una mirada distinta, capaz de separar, si acaso tal cosa es posible, el amor del ser amado, para obtener la verdadera realidad de este último. Tal vez una circunstancia imprevista pueda producir semejante fenómeno. Es seguramente el caso de Vicente Aleixandre, quien nos da la siguiente imagen de Lorca: “Pero yo gusto a veces de evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podía adivinarse. Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del universo, pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron.”

Granada es una ciudad triste, dijimos. Y estamos por añadir que Andalucía es una región triste, pese a la imagen superficial que el andaluz da de sí mismo, mostrándose dicharachero y divertido. Se trata ciertamente del pudor con que el andaluz, delicado y fino por naturaleza, trata de ocultar su alma sombría y resignada. No existe en el mundo un cantar más triste y nostálgico que el cante jondo, a través del cual se manifiesta el verdadero, profundo y tenebroso como un pozo, ser andaluz. Lorca no escapa al espíritu de su geografía original. Su obra tampoco.

En 1920 García Lorca realiza su primera experiencia como autor teatral con “El maleficio de la mariposa”. La obra fue puesta en escena

bajo la dirección de Gregorio Martínez Sierra, amigo de Lorca desde su llegada a Madrid. El vestuario fue diseñado por el gran pintor uruguayo Rafael Barradas, residente entonces en España; y el espectáculo incluía bailes de La Argentinita. La obra fue un fracaso de público, aunque la crítica la trató con seriedad, saludando la aparición de un autor notablemente original. Asegura Mora Guarnido que Martínez Sierra obligó a Lorca a realizar tantos retoques a la obra, originada en uno de sus primeros poemas, que cuando se levantó el telón ya nada tenía que ver con la versión original. Incluso el título, siempre según Mora Guarnido, se lo puso Martínez Sierra, ya que Lorca le aseguró que a esas alturas no se le ocurría ninguno. Cabe destacar que la palabra “maleficio”, entre otras, Lorca y sus amigos poetas, la habían declarado “prohibida”. Todo ello dio lugar a que los que habían conocido la obra original dijese: “No ha fracasado Lorca, sino Martínez Sierra.”

En 1921, por fin, aparece en Madrid su primer libro de versos, al cual titula *Libro de poemas*. El libro obtiene una calurosa crítica. En realidad, todas aquellas primeras poesías suyas eran ya conocidas por muchos, a través de los recitados que, como se ha dicho, gustaba hacer Lorca. En ese mismo año conoce a Juan Ramón Jiménez, quien le ofrece las páginas de su revista *Índice*. En ese momento García Lorca ha comenzado a trabajar sobre las poesías que compondrán su *Poema del cante jondo*.

Al año siguiente, es decir, 1922, tienen lugar dos acontecimientos muy significativos en la vida de Lorca y que nos muestran la multiplicidad de su personalidad artística. Junto con Manuel de Falla organiza el Primer (y único) Concurso del Cante Jondo. La idea de ambos era tratar de recuperar la autenticidad del cante andaluz, el cual iba siendo enterrado bajo el fárrago del flamenquismo y españolismo de pandereíta. El concurso se realizó, a lo largo de dos noches, en la plaza de los Algibes de la Alhambra, que fue decorado por un grupo de artistas bajo la dirección del gran pintor Ignacio Zuloaga. El acontecimiento fue considerado en toda España como el de mayor trascendencia de los últimos tiempos. Baste decir que fue una romería de ancianos “cantaores”, desde todas las provincias de Andalucía hacia Granada. Muchos llegaron a pie, por falta de medios para viajar en ferrocarril, solo para hacerse oír otra vez. Con sus voces cascadas por la vejez, oscuras y profundas, desgranaron sus notas negras bajo el cielo granadino, devolviéndole a Andalucía su perdido estilo. El público se estremecía empalidecido al igual que si se reencontrara, en carne y hueso, con sus ancestros.

También bajo la iniciativa de Manuel de Falla, García Lorca organi-

za su “Teatro de Cristobitas”, es decir, teatro de muñecos. En el fondo no era más que el transplante de los retablos de polichinelas de las ferias, a una esfera de gran categoría artística. El estreno se realizó en la propia casa de García Lorca. Se representaron varias obras, entre ellas el entremés de Cervantes “Los dos habladores”, y “La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón”, escrita expresamente por Lorca para aquella ocasión. El acompañamiento musical estuvo a cargo de Falla en el piano. Con esta experiencia procuraban, Falla y Lorca, llevar el teatro a la calle, en busca de un público ajeno al mismo. García Lorca, como era habitual en él frente a todo lo que hacía, se entusiasma con este experimento que culmina con su obra “para muñecos” “Amor de don Perlimplín con Belisa en el jardín”.

Como puede verse, la actividad artística de Lorca es asombrosamente múltiple. A raíz de su amistad con Salvador Dalí le entra el gusto por la pintura, y con lápices de colores, llena de dibujos manuscritos y cartas. A este propósito escribe Guillermo de Torre: “Las cartas que recibíamos hacia 1922 sus amigos, venían frecuentemente acompañadas con deliciosos dibujos coloreados.” Por otra parte no abandonó jamás la música. Explica Mora Guarnino que: “Un buen diálogo con él no se concebía sino en la proximidad de un piano, y él sentado de través sobre el teclado, acariciando distraídamente las notas y arrancándoles caprichosos efectos.” Guarda, además, a lo largo de toda su vida, un cariñoso e imperecedero recuerdo hacia don Antonio, su primer maestro de piano, viejo compositor de óperas inéditas, artista fracasado, pero que lo instó a tener fe y a perseverar con una frase que Lorca repetía en toda ocasión: “Que yo no haya alcanzado las nubes, no quiere decir que las nubes no existan”. Coincidiendo con Mora Guarnido, Luis Cernuda comenta una entrevista con Lorca: “Se puso al piano que tan bien manejaba. No tenía lo que se dice buena voz. No era guapo, acaso fuese lo contrario, pero ante el piano se transformaba, sus rasgos se ennoblecían... Había que quererle o que dejarle; no cabía ya término medio. Eso lo sabía él y siempre que deseaba atraer a alguien se ponía al piano o recitaba sus propios versos.”

La multiplicidad artística de Lorca queda reflejada en el siguiente párrafo de Rafael Alberti: “Lo primero que sorprendía en García Lorca era su simpatía, semejante a una puerta por la que entraba un mar que arrebatava todo; inmediatamente, su entusiasmo, su deliberante pasión por aquellas cosas principales de que estaba dotado: que eran, sobre todo, la poesía y la música. El dibujo venía después. Federico, cuando estaba con gente, ya fuese mucha o poca, no podía pasar un sólo instante sin decir o hacer algo: como recitar poemas suyos o de otros poetas,

ya antiguos o modernos, representar veloces escenillas teatrales que inventaba o cantar las horas y las horas acompañándose al piano.” Y a propósito de la nunca abandonada vocación musical de Lorca explica Alberti: “En aquel Pleyel de la Residencia de Estudiantes he conocido anticipadamente muchas de las canciones populares que luego el mismo Lorca armonizaría para los discos fonográficos que hizo con Encarnación López, “La Argentinita”, y en los que él también, con mucho ángel, la acompaña al piano.” Según Alberti, la voz de Lorca era “baja y algo en sombra.” En cuanto a la vocación de dibujar que se despertó en García Lorca dice todavía Alberti: “Cuando cogía unos lapicillos de colores o la misma pluma con que escribía sus poemas, seguía teniendo una frescura de fontana, una gracia como de juego en la calle, de sonrisa de patio, de gallo de veleta, de todo aquello que había visto -u oído- no sabía cuándo con los ojos de su niñez granadina.”

En 1929 Federico García Lorca se traslada a Nueva York. En cartas a sus amigos hace inconcretas alusiones a “una gran depresión sentimental”, la cual sería la causa de su alejamiento de España. Viajó a Norteamérica con quien fuera su maestro y ahora amigo, don Fernando de los Ríos, y se instala como estudiante en la Universidad de Columbia.

Para ese entonces, además de *Impresiones y Paisajes*, *Libro de Poemas* y el fracasado estreno de “El maleficio de la mariposa”, ha editado su libro *Canciones*, ha estrenado “Mariana Pineda” con la compañía de Margarita Xirgú y decorados de Salvador Dalí, obra que ha sido además publicada en la colección La Farsa, ha editado también el *Romancero gitano*, libro éste que lo ha llevado al tope de la popularidad.

De su permanencia en Nueva York, que dura hasta fines del verano de 1930, nace su libro *Poeta en Nueva York*, el cual recién será publicado, después de su muerte, en Méjico, en 1940, con prólogo de José Bergamín y el famoso poema de Antonio Machado alusivo a la muerte de Lorca: “El crimen fue en Granada”. Esta edición contiene además cuatro dibujos del autor, referidos al tema, que son una maravilla de expresividad. Delatan, con un grafismo estremecedor, la angustia del poeta perdido en una ciudad que, según su propia expresión, le parece “horrible”. En Nueva York no está solo. Allí se encuentra con Ángel del Río, Federico de Onís, el gran poeta León Felipe, Dámaso Alonso, su entrañable amigo y gran torero Ignacio Sánchez Mejías, a quien, como se sabe, escribirá, con motivo de su muerte en el ruedo, uno de sus poemas más logrados; y también con “La Argentinita”. Pese a su desánimo, o tal vez a causa de él, García Lorca trabaja sin descanso: da

conferencias en la Universidad de Columbia, armoniza varias canciones populares para “La Argentinita”, realiza una nueva versión de “La zapatera prodigiosa”, comienza a escribir dos obras teatrales (“Así que pasen cinco años” y “El público”) y, por supuesto, los poemas de *Poeta en Nueva York*. Sin embargo, todo ello no le alcanza para disminuir la angustia que la ciudad de cemento le produce. Por eso *Poeta en Nueva York* es un libro extraño, en el cual el poeta Lorca que todos amamos se desdibuja hasta prácticamente desaparecer. José Bergamín, en el prólogo a que nos hemos referido, lo explica así: “Con el recuerdo siempre vivo y punzante de sus abandonados paraísos de agua y cielo, su voz adquiere, de repente, sinuosidades de sollozo, cadencias de suspiro. Y se ahonda, con su mirar, en simas adecuadas a su angustia, a su terrible afán interrogante. Como si el poeta popular andaluz, perdido en la ciudad extraña, se volviese más niño y quisiese gritar, sin conseguirlo, en su inmensa pesadilla de muerte. Sus versos, sus pases se enredan, como en un sueño, en blandas densidades plumizas.”

De regreso a España, García Lorca se reencuentra a sí mismo. Podría decirse que con mayor intensidad que nunca. Su experiencia en Nueva York debe haberle servido para comprobar la veracidad de las palabras de Ortega y Gasset que citamos al principio: “El andaluz transplantado no puede seguir siendo andaluz; su peculiaridad se evapora y anula.”

Apenas regresado a Madrid, Margarita Xirgu le estrena “La zapatera prodigiosa” con dirección de Cipriano Rivas Cherif. No es poco lo que Lorca ha realizado a estas alturas. No obstante, tal vez ni él mismo lo sospecha. Los pocos años que le quedan por vivir serán los más plenos y creativos de su existencia, los más llenos de gloria y éxito de su carrera artística. Estamos en 1931, y el 14 de abril de ese año se produce en España un hecho histórico que significa un cambio radical, si no en todos, en muchos aspectos. Ha caído la monarquía de Alfonso XIII y se ha proclamado la segunda República Española. El pueblo español respira. Parecería que por fin va a poder vivir al aire libre, después de haber transitado una dictadura en muchos casos siniestra.

García Lorca aprovecha inmediatamente la oportunidad de que su amigo Fernando de los Ríos es entonces ministro de Instrucción Pública, para interesarlo en su proyecto teatral que denomina “La Barraca”. La idea es un teatro estudiantil y ambulante, como el Carro de Tespis. Aceptada la idea por de los Ríos, “La Barraca” recorre las aldeas más rústicas, olvidadas, abandonadas de España, desechadas por las compañías profesionales; representando al aire libre, ante un público atónito, esclavo de ignorancia, a los clásicos españoles. Un público que va

despertando a medida que transcurre la representación, hasta sentir que aquellos personajes, que al principio les parecían de ficción, son ellos mismos. La iniciativa de “La Barraca” tomó cuerpo en Lorca, según afirma Silvio D’Amico, “porque se hallaba asqueado del envilecimiento comercial del teatro español”. Contento por los resultados de su idea, Lorca manifiesta: “Yo espero para el teatro la llegada de la luz de arriba, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio de butacas, todo estará arreglado.” Palabras que amplían su definición del hecho teatral: “El teatro -expresó Lorca- es la poesía que se levanta del libro y se hace humana.” Y hay que tener en cuenta que la existencia de los habitantes de esas miserables y olvidadas aldeas españolas, no alcanza a ser humana.

Desde 1931 hasta julio de 1936, año éste nefasto, como es sabido, para García Lorca y para España, estrena “Bodas de Sangre”, por la compañía de Josefina Díaz; aparece el *Poema del cante jondo*, en las Ediciones Ulises ; estrena “Amor de don Perlimplín”; edita *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*; estrena “Yerma” con Margarita Xirgu y también la versión definitiva de “La zapatera prodigiosa” por Lola Membrives; pone asimismo en escena “Doña Rosita la soltera” con Margarita Xirgu; y en junio de 1936, exactamente dos meses antes de su muerte, termina “La casa de Bernarda Alba”. Lorca no verá la representación de su obra maestra, esa obra de la cual Torrente Ballester ha dicho: “La casa de Bernarda Alba” es el drama formalmente más perfecto de todo el teatro español contemporáneo. ”La pondrá en escena Margarita Xirgu, en cuyo poder dejó García Lorca, afortunadamente, el manuscrito, recién en 1945, en el Teatro Avenida de Buenos Aires. Rafael Alberti, que asistió a ese estreno, cuenta que al bajar el telón “nos sentimos ahogados en el silencio final, que se prolongó durante unos minutos, como si todos esperáramos una aparición. Pero el poeta no podría aparecer nunca más en el palco escénico de los éxitos...”

Durante estos últimos cinco años de su vida, empapados de gloria y éxito, todo el mundo se ocupa de Lorca y de su obra. Todo el mundo siente necesidad de opinar frente a esa grandeza deslumbrante que se asemeja a un milagro.

Dámaso Alonso dice: “...Y entonces se produce en el siglo XIV un Juan Ruiz; en el XVII, un Lope de Vega; en el siglo XX, un Lorca. Hacia nuestros días se concentraron, pues, de nuevo las esencias hispánicas, se condensó toda nuestra dispersa tradición, las sales de nuestro ingenio, las vayas y zumbas de nuestros campesinos, los dejos y quiebros de nuestras tonadas; todos estos elementos se cernieron y densificaron hasta el último límite; y surgió de este modo el arte de

García Lorca. Surgió porque sí, porque tenía que ser, tenía que cumplirse la ley de nuestro destino: España se ha expresado una vez más.”

Guillermo de Torre afirma: “... Representa la cumbre más alta del lirismo andaluz, pero de alcance universal, y semejando una obra tradicional es, al mismo tiempo, un triunfo de la nueva poesía, merced al consorcio feliz que en ella se da de lo eterno y lo vivo... De ahí su éxito fulminante, su fuerza deslumbradora.” “De otros se retienen los nombres; de Lorca se retienen los versos.”

Pedro Salinas opina: “García Lorca es un caso de vitalidad poética desbordante, multiforme, pero rectilínea. Andaluz ejemplar, todo él es expresión: en su persona, en su trato, en su conversación, en su teatro o en sus canciones circula, con intensidades y plenitudes distintas de realización, el mismo empuje de animación, de intensa unidad humana. En su poesía se ayuntan lo culto y lo popular.”

Ángel Valbuena Prat, en su *Historia de la Literatura Española* escribirá años después: “Su poesía es a la vez la labor refinada del orfebre y el desgarrado cante jondo. Lorca, no sólo percibe la posibilidad perenne del romance para lo popular, sino que proyecta imágenes, expresiones, repeticiones, toda una rica gama de color, de música, de vocabulario expresivo y original.”

Luis Cernuda, comentando su impresión frente a Lorca recién regresado de EE.UU. dice: “...Me pareció notar en su actitud mayor decisión, como si algo íntimo y secreto se hubiera afirmado en él... Lo que ahora trabajaba con sus palabras eran firmes bloques pétreos de la vieja cantera española ... Su complacencia sensual por las hermosas cosas del mundo brillaba ahora en los ojos con un fuego juvenil inextinguible, fuego que ya nunca se aminoró.”

Ese fuego de que habla Cernuda es precisamente la misteriosa esencia ígnea de la poesía de García Lorca, según la entiende él mismo. En una carta a Gerardo Diego, escribe Lorca: “Pero, ¿qué voy a decir yo de la poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle, y nada más... ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía. Aquí está, mira, yo tengo el fuego en las manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura.” Y en una entrevista para el diario *El Sol*, en junio del 36, cuando no puede ni sospechar tan cercana su muerte, insiste: “La creación poética es un misterio indescifrable, como el misterio del nacimiento del hombre. Yo nací poeta por la gracia de Dios o del demonio.”

Tal vez éstas fueron las últimas palabras importantes que pronunció Federico García Lorca antes de morir. En principio, esta semblanza del hombre Lorca, lograda o no, debería terminar aquí. Pero la muerte

de García Lorca constituyó un hecho histórico de tal magnitud, no solo español sino también mundial, que lo obligó a vivir, incluso hasta hoy, después de su muerte. Entendemos que esta “vida en muerte” de Lorca forma parte y completa su semblanza.

En julio de 1936 la situación política de España era un polvorín a punto de estallar. Todo el mundo sabía, a causa de hechos previos, que gravísimos acontecimientos iban a ocurrir de un momento a otro. Ante tal situación, Federico García Lorca abandonó Madrid y partió hacia su Granada. Ya en la estación del ferrocarril, a punto de partir el tren, le dijo a su amigo Martínez Nadal, que fue a despedirlo: “Sea lo que Dios quiera”. Estas palabras demuestran de manera evidente que García Lorca se sentía amenazado por los sucesos que iban a ocurrir. Lo que nadie ha podido explicarse es por qué Lorca trató de refugiarse precisamente en Granada. Rafael Alberti ha escrito con mucha razón: “Debía conocer bien aquella Granada impermeable a todo, aquella sociedad cerrada a la que él soliviantó con su popularismo, con sus divertidos desplantes, con su poesía que no entendían, con su teatro que planteaba problemas de los que no se debe hablar...” No vamos a tratar nosotros de explicar lo que nadie ha podido explicarse, pero todo ser posee un instinto de conservación que lo obliga a retroceder ante el peligro. Tal vez García Lorca, inconscientemente, trató de retroceder hacia el lugar de su niñez. Una niñez durante la cual se había sentido amado y seguro. Quizá no pensó en Granada, sino en su hogar infantil y en su ropa de niño. Tal vez imaginó que disfrazado de su infancia podía pasar desapercibido.

Lo que todos temían tuvo lugar. El 18 de julio los militares y los falangistas se sublevaron contra la República. El pueblo, los trabajadores, se echan de inmediato a la calle a defenderla. En poco días España queda prácticamente dividida en dos. La guerra civil, que durará tres años, comienza. Granada, desgraciadamente, ha quedado del lado de los sublevados. Los falangistas, con sus Escuadras Negras, empiezan la caza del hombre. Datos fehacientes demuestran que veintitrés mil granadinos fueron asesinados. Lorca, temiendo por su vida, se refugia en casa de los hermanos Rosales, amigos desde la niñez y ahora falangistas. Nunca han podido ser aclarados los hechos con exactitud, pero parece ser que los hermanos Rosales trataron efectivamente de salvar a Lorca. Otros hablan de traición. Lo cierto es que el que actuó de asesino, cuyo nombre hoy se sabe, Ramón Ruiz Alonso, jefe de las Escuadras Negras, se presentó en casa de los Rosales con una orden de detención firmada por el gobernador civil de Granada, comandante Valdés, y se llevó a Lorca. En ese momento ninguno de los dos hermanos Rosales estaba en la casa. Solo la madre de ellos se hallaba con Federico. Se dice que

García Lorca trató de huir por la azotea, pero su intento fue en vano. A las Escuadras Negras no se les escapaba nadie.

La noticia de la detención de Federico García Lorca corrió por Granada como reguero de pólvora. Al enterarse Manuel de Falla, quien se había encerrado en su casa ante la repugnancia que los sucesos le producían, se puso de inmediato en movimiento, tratando de averiguar el paradero de Lorca y, dirigiéndose a las autoridades, invocándoles los sentimientos religiosos que decían defender, para salvarle la vida. Finalmente le dijeron que no se preocupase más, porque a Federico García Lorca, “por error”, lo habían ya fusilado. Fue en la madrugada del 19 de agosto. Quien sí pudo verlo durante sus días de prisión en el palacio del gobierno civil, gracias a su investidura, fue un primo hermano del poeta, que era sacerdote. Su testimonio, según lo explica Mora Guarnido, es el siguiente: “Hacía un gran calor y el poeta, en un pijama blanco, sudoroso y sucio, estaba muy abatido, pero tenía aún la esperanza de que algunos amigos lo auxiliarían.” En la madrugada del día 19 lo sacaron de la prisión esposado con otro detenido. Un maestro republicano a quien faltaba una pierna y llevaba una prótesis de madera... Tal prótesis permitió reconocer los restos de García Lorca muchos años después, todavía esposado a los restos de su compañero de infortunio. Por un testigo se sabe hoy que los hicieron caminar por un camino de tierra hasta las laderas de la Sierra, un lugar que ha conservado su nombre árabe: “fuente de Aynadamar”, que significa fuente de las lágrimas. Camino y lugar que Lorca tantas veces había recorrido de niño. Frente a un campo en barbecho fusilaron primero al otro detenido y después a Federico García Lorca, quien, según el referido testigo, se resistía enloquecido de terror. Mas nosotros, pese a todos los dudosos testigos que hoy dicen saber, preferimos verlo en ese último instante de su vida, tranquilo y resignado, aceptando su muerte como un hecho común, repitiéndose el verso que él mismo escribiera para su gran amigo Ignacio Sánchez Mejías, al fin y al cabo “¡También se muere el mar!”

Se ha barajado muchas veces la constante de la muerte en la obra de Federico, como presentimiento de su terrible e injusto fin. Mas la constante de la muerte no es particular de García Lorca. Desde Manrique con sus ríos que se deslizan hasta el mar, “que es el morir”, hasta Miguel Hernández, toda la poesía española está impregnada de muerte. Se trata, en todo caso, de una preocupación constante del ser español. El español no olvida nunca que vivir implica morir y se siente permanentemente intrigado por tal absurdo. A García Lorca, como a cualquier persona normal, le gustaba la vida y no la muerte, al extremo de

negarse a verla, como lo manifiesta en su poema a Sánchez Mejías.

Cuando se tuvo la noticia del asesinato de Federico García Lorca, se conmovió no solo España, sino el mundo. En realidad pensamos que el mundo debió haberse conmovido por aquellos veintitrés mil humildes, oscuros, ignorados granadinos que compartieron la suerte del poeta. Afortunadamente para ellos, tuvieron la gloria de éste para representarlos. Siempre que se habla de la muerte de Lorca deberá hablarse también de la muerte de ellos, pues, por una causa o por otra, o por ninguna causa, todos fueron víctimas de la barbarie. En todo caso García Lorca logró, gracias a su fama, que la protesta se levantara desde los cinco continentes.

En Madrid la noticia cayó como si fuese la mentira de una imaginación enfermiza. José Bergamín dice que: “No podíamos, no queríamos creerlo. La noticia venía envuelta en confusiones sombrías, entre palabras indecisas. Era como el relámpago que apenas deja entrever claramente las cosas mismas que señala con su destello. Y seguía todo igual, oscuro, sin sentido.”

El primer poeta que describió el horror del asesinato fue Antonio Machado con su poema “El crimen fue en Granada”, versos que perdurarán mientras el mundo exista y quizá hasta cuando no exista, porque con este poema, Antonio Machado marcó a los asesinos para la eternidad.

Cuando Rafael Alberti se enteró, sabiendo que Lorca nunca había tenido nada que ver con la política, aunque se adhirió al Frente Popular, mientras que él sí era un hombre comprometido políticamente, exclamó: “¡Federico me ha robado la muerte!” Después afirmará: “No tuviste tu muerte, la que a ti te tocaba”.

Luis Cernuda trata de explicarse la desaparición de Lorca con estas palabras: “Estaba tan vivo estremecido por el vasto aliento de la vida, que parecía imposible hallarlo inmóvil en nada, aunque esa nada fuese la muerte.”

Y Emilio Prados hace referencia a la conmoción general que produjo el crimen, con estos versos: “Los que no te conocen me llevan a tu alcance; / Los que nunca supieron que tu sangre gemía. / Me repiten tu muerte los que no te conocen.”

Como ya hemos dicho, Federico García Lorca no tuvo jamás ninguna relación con la política. No perteneció nunca a ningún partido político. Se negó siempre a que su nombre fuese utilizado en cualquier clase de manifiesto. Su extremado individualismo le impedía someterse a no importa qué tipo de disciplina o bandería. Su exclusiva militancia fue el arte. Por eso hay que darle la razón al franquismo cuando negó que la muerte de Lorca se debiera a razones políticas.

Por supuesto que como hombre de su tiempo, García Lorca no podía ignorar la realidad que lo circundaba. ¿Con qué hubiera construido su arte? Su arte es un arte popular, en el mejor sentido de la palabra, y con intención. Él mismo dice: “Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. El artista debe reír y llorar con su pueblo.” Y en otra oportunidad afirma: “Yo soy español integral... pero execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta, por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos.” Y hay que tener en cuenta que nadie fue más español que Federico. Quizá la única definición ideológica que le queda a García Lorca sea la que señaló Mora Guarnido: “Lorca era eso que cada vez se está haciendo más raro en el mundo: una conciencia liberal. Un hombre para el que no era ajena, en ninguna parte del mundo, la angustia del ser humano.”

El régimen falangista se pasó cuarenta años repitiendo que la muerte de Federico García Lorca se debió a una venganza personal. Se asegura que la madre del poeta, doña Vicenta, desterrada en Nueva York, se pasaba las horas preguntando: “Pero, ¿por qué?” Y eso es lo que todos nos seguimos preguntando frente a la explicación de sus asesinatos. Como señala Mora Guarnido: “Odios personales no suscitaba Federico; jamás se le conoció un rencor hacia nadie, jamás tampoco un rencor de nadie contra él. Su espíritu cordial y su carácter desinteresado eran francos pasaportes de tránsito...Nunca empujó a nadie para ponerse en su puesto...Jamás intervino en disputas o competencias literarias, agrias creadoras de recelos y resentimientos. Entonces, ¿venganza de quién y por qué?”

Sin embargo, el asesinato de Lorca tiene una explicación clarísima para quienes hemos conocido el régimen franquista-falangista. La violencia que lo caracterizó no estaba dirigida contra ninguna ideología específica, estaba burdamente orientada contra lo popular. Los falangistas, niños bien de casa mal, como se dice en España, odiaban al pueblo y actuaban contra él por resentimiento. El pueblo, aunque pobre, poseía una dignidad de la cual ellos carecían. Fue su amor a lo popular lo que condenó a muerte a Federico. “La vulgaridad y la vileza”, como dice Mora, no podían tolerar la grandeza popular de Lorca. Lo odiaban como odiaban al pueblo. Tal vez mucho más, porque Federico era un lujo soberbio que se daba el pueblo. Nadie pudo verlo mejor que Luis Cernuda, quien en su elegía a Lorca escribe estos versos: “Así como en la roca nunca vemos / La clara flor abrirse, / Entre un pueblo oscuro y duro / No brilla hermosamente / El fresco y alto ornato de la vida;/ Por esto te mataron, porque eras / Verdor en nuestra tierra árida / Y azul en nuestro oscuro aire.”

Pero, por más brutal que se sea, es imposible matar al pueblo. No importan las bajas habidas, el pueblo subsiste porque es la única y verdadera realidad humana. Lorca, que fue pueblo, subsiste también. Ya que, como nos dice Miguel Hernández: “¿Quién encierra una sonrisa?/ ¿Quién amuralla una voz?” La voz de García Lorca seguirá resonando tanto tiempo como dure la humanidad. Y su sonrisa permanecerá fija para siempre como traviesa burla a la estupidez. Por nuestra parte juntamos nuestra voz a la de Manuel Altolaguirre, para afirmar con él:

“En donde te quedaste ha florecido  
el árbol de tu fama, de tu gloria,  
en una incalculable primavera.”

**Nota:**

Con posterioridad a la redacción de la presente “Semblanza de Federico García Lorca” (julio de 1982), ha sido publicado por la editorial Plaza y Janés, de Barcelona (febrero de 1983), el libro póstumo de Eduardo Molina Fajardo, historiador granadino no hace mucho desaparecido, *Los Últimos Días de García Lorca*. Dicho libro fue escrito con el evidente propósito de deslindar a Luis Rosales (Premio Cervantes de Poesía 1982) de toda responsabilidad concerniente a la captura y asesinato de Federico García Lorca. Dentro de su texto se halla incluida una declaración que el falangista Luis Rosales hiciera por escrito, inmediatamente después de que el popular poeta fuese detenido en su casa, al “camarada (nombre tachado) Jefe provincial” de la Falange granadina. Esta declaración, según Molina Fajardo, que en paz descanse, habría sido hallada recientemente tras laboriosa búsqueda. Luis Rosales explica en la referida declaración a su “camarada Jefe Provincial”, las circunstancias que lo llevaron a dar albergue en su casa a García Lorca. En primer lugar hace referencia a los tres registros practicados por “gente armada” en la propia casa del poeta, y añade que durante el tercero de los referidos registros hubo violencia, “existiendo información en la correspondiente Comisaría”, ya que García Lorca fue golpeado. Declara además que, en base a su autoridad como falangista, consideró necesario impedir que se produjeran atropellos por personas incontroladas, “teniendo en cuenta que quienes realizaron los registros no habían presentado la orden necesaria para practicarlos.” Es a raíz de estos hechos, declara Luis Rosales, que concedió albergue en su casa a García Lorca, “sobre quien no pesaba orden alguna de detención”, y quien “no estuvo jamás oculto, sino visible para todos aquellos que durante su permanencia entraron en mi casa.” Luis Rosales concluye su declaración expresando su incondicional adhesión al “Movimiento

Nacional” y añade como despedida el clásico “¡Arriba España!” de la época.

Eduardo Molina Fajardo, difunto autor del libro, se fija en este último varios objetivos: Minimizar la autoridad que como falangistas poseían en 1936 los hermanos Rosales, pese a que es el propio Luis Rosales quien declara que es en “base a su autoridad como falangista” que actúa y socorre a García Lorca; y a pesar también de que cualquier ciudadano “de a pie” sabe por experiencia, vivida o comprobada, que cualquier falangista poseía la suficiente autoridad como para abofetear a cualquiera que, por ejemplo, no hubiese realizado el saludo fascista con la rapidez requerida; e incluso la de detenerlo y conducirlo sin más trámite al cuartel de Falange, y allí obligado a tragar uno o dos litros de aceite de ricino.

Otro objetivo de Molina Fajardo, en favor, por supuesto, de Luis Rosales, fue el de incluir en su libro una serie de acusaciones contra personajes granadinos de aquella época, ya desaparecidos, y basadas en declaraciones que le habrían sido hechas por testigos desaparecidos a su vez. Lo que, es fácil comprender, imposibilita a cualquier investigador comprobar la veracidad, o no, igual de las declaraciones que de las acusaciones. Lo que sí ha conseguido Molina Fajardo con sus procedimientos de “investigación histórica”, y en curioso carácter de “post mortem”, ha sido desencadenar una serie de acciones judiciales contra su viuda, usufructuaria de los derechos del libro. La principal de las cuales tal vez sea la que le siguen los hijos de Rafael Martínez Fajardo, quien en 1936 era teniente de la Guardia de Asalto (Cuerpo policial organizado por el gobierno de la República) y que actuaba bajo las órdenes del entonces capitán Nestares, y a quien Molina Fajardo acusa de haber comandado el pelotón que fusiló a Federico García Lorca en Granada. Eximiendo de este modo de culpa no solo a la Falange, sino además a las autoridades civiles y militares granadinas.

Sin importarle caer en contradicciones, Eduardo Molina Fajardo, ante su evidente propósito de soslayar a Luis Rosales de la mínima responsabilidad en el hecho, transcribe algunos párrafos del libro de Ian Gibson sobre el mismo tema. Escoge los párrafos en que Gibson señala que en agosto de 1936, se supo en Madrid que la vida de Luis Rosales corría serio peligro por haber dado alojamiento en su casa a Federico García Lorca, ya que sobre este último pesaban, y parece ser que Luis Rosales lo ignoraba, las acusaciones del gobernador civil de Granada, comandante Valdés, quien fuera a su vez jefe provincial de la Falange antes del subversivo levantamiento militar y falangista. Estas acusaciones tildaban a García Lorca de “rojo”, “espía ruso” y “amigo de Fernando de los Ríos”. Para cualquiera que conozca la vida de Federico

García Lorca, es notorio que solo la última acusación era cierta. Mas es seguro que al comandante Valdés le bastaba ésta para hacer fusilar a un hombre que era en sí mismo una de las más altas cumbres de la poesía española. Después de todo, no cabe olvidar que la consigna fue “¡Mue-  
ra la inteligencia!”.

Por lo que a nosotros se refiere, no nos interesa el libro del difunto Eduardo Molina Fajardo, libro que, aparte rumores y acusaciones improbables, no aporta absolutamente nada a lo ya conocido sobre el tema. Lo que sí nos interesa, pues se trata de un documento hasta hoy desconocido, es la declaración de Luis Rosales a su “camarada Jefe Provincial de Falange en Granada”, y a propósito de la cual consideramos necesario en favor de la claridad, establecer las siguientes precisiones:

1ª) Que nadie nunca ha acusado a los hermanos Rosales de ser los asesinos de Federico García Lorca, aunque es cierto que muchos han dudado de la sinceridad con que dieron refugio en su casa al poeta.

2ª) Que resulta increíble lo que afirma el desaparecido Eduardo Molina Fajardo, sobre la difícil y larga búsqueda de la declaración de Luis Rosales al jefe provincial de Falange (y de la que Luis Rosales afirma haber realizado seis copias), siendo así que Rosales tiene que haber sabido a lo largo de los cuarenta años de franquismo y falangismo, que las copias de su declaración se hallaban en los archivos de la jefatura provincial de la Falange en Granada, e incluso en los del Gobierno civil; y que, además, durante tan largo tiempo, jamás se refirió a ella.

3ª) Que habiendo albergado en su casa a García Lorca porque sobre él “no pesaba orden alguna de detención”, según deja claramente expresado, resulta evidente que cuando Ramón Ruiz Alonso, jefe de las Escuadras Negras de la Falange, se presentó con la orden de detención firmada por el gobernador civil de Granada comandante Valdés, Federico García Lorca fue entregado.

4ª) Que teniendo en cuenta todo lo que precede, no cabe suponer que de haber estado presente, ya que siempre se ha insistido en el hecho de que en el momento de la detención de García Lorca los hermanos Rosales se hallaban ausentes de su casa, algo hubiese cambiado. Por el contrario queda fuera de toda duda que su declarada adhesión incondicional al “Movimiento Nacional” subversivo ante el legítimo gobierno de la República, y su “autoridad como falangista”, obligaban a Luis Rosales a entregar a su amigo de infancia, e incluso a fusilarlo de propia mano en caso de haber recibido la orden de su “camarada Jefe Provincial”, o del gobernador civil comandante Valdés.-

(Abril de 1983)